

APROXIMACIÓN AL CATOLICISMO SOCIAL NORTEÑO (CIRCA 1890-1936)

Por el Académico Correspondiente
Excmo. Sr. D. José Manuel Cuenca Toribio *

UN NÚCLEO PECULIAR: CANTABRIA Y ASTURIAS

El ascendiente carlista, tan natural y fuerte en uno de los escenarios principales de las contiendas dinásticas del siglo XIX, el catalano-aragonés, se mutaría en tradicionalista —versión *light*, oportunista y epigonal de aquél, en tantas ocasiones— en la Montaña y Galicia, tierras igualmente de fuerte presencia en la historia que relatamos. Frente al finisterre peninsular, más recorrido y fecundado por la actividad socialcatólica, encauzada y en manos eclesiásticas casi siempre, la geografía santanderina se ofrece, dentro de una de esas paradojas en las que abunda la trayectoria del movimiento católico en España, menos regada por núcleos activos y con fuerza proselitista. Su ardor parece haberse agotado con el impulso inicial, a cargo fundamentalmente del ultramontano y muy celoso obispo el leonés Sánchez de Castro (1884-1920). Sus dotes organizadoras se revalidaron en este terreno con la formación, en uno de los años de gracia del socialcatolicismo hispano, 1894, de una Junta diocesana encargada de todo lo concerniente al tema que aquí nos ocupa. Un año más tarde, Santander contaría ya con su círculo¹.

Pero, de manera inusual, la provincia se había adelantado a la capital con la erección de sendos círculos en Comillas y Torrelavega —ambos en 1893—, den-

* Ponencia no presentada oralmente.

¹ Vid. F. BASTANTE SUMAZA, «Catolicismo social en Cantabria. 1893-1931», en R. MARURI VILLANUEVA, *La Iglesia en Cantabria*, Santander, 2000, págs. 399-423.

tro de un espacio natural e ideológico, como se ve, de fuertes connotaciones jesuíticas —actividad de los PP. ignacianos Mendía y Vinuesa—. Macizo de la vieja España geológica y socialmente, vuelve a sorprender que hubiere de transcurrir una década para que la Montaña contase con una mínima red de círculos mediante la fundación de los de Castro Urdiales, Guarnizo, Astillero, Santoña y Laredo. Y aún más, que, apenas transcurrido un quinquenio, alguno de ellos, como el de Torrelavega, hubiera desaparecido en 1925, precedido de la extinción del comillense en... ¡1900! La articulación social y antropológica del solar cántabro acaso encierre parte de la explicación del fenómeno, que, de otro lado, podría entenderse casi por entero a la luz de la transformación de dichos círculos en sindicatos, como ocurriera en muchos otros lugares de la nación. Sin embargo, contraponer, como hace un joven y notable investigador, a manera de clave interpretativa, un sindicalismo confesional agrario pujante frente al escuálido de los núcleos urbanos, como, *v. gr.*, la misma capital del Besaya —donde el avance del socialismo se presentaba arrollador—, es quizá —en óptica progresista— una concesión algo exagerada a la nota o al sabor local. Desaparecido en 1906 el último cantor de la existencia patriarcal y bucólica de la Montaña, no por ello su sistema productivo y social se aproximaba al de la aldea Vizcaya ni al de la lejana Cataluña ².

Todo lo que conocemos acerca del sindicalismo confesional santanderino indica su adecuación a unos modelos de vida social correspondiente de manera abrumadora a una agricultura tradicional que sólo muy contadas veces alcanzaba formas de producción precapitalista. En franco contraste con el raquíto despliegue de los círculos, el de los sindicatos agrícolas fue tal vez uno de los más espectaculares de la nación. A partir de 1905, y hasta un cuarto de siglo más tarde, su red fue verdaderamente tentacular. En una de las fechas más tempranas de la historia de las federaciones de sindicatos confesionales agrarios, en 1908, iniciaba su existencia la montañesa, con un programa muy ambicioso. Con fases diversas de dinamismo y pujanza, fue de ordinario uno de los bastiones de la ortodoxia de la estructura y funcionamiento de la futura CONCA. A menudo daría la impresión de poseer dentro de ella un ascendente inferior a su peso e historia ³.

² J. DE LA CUEVA MERINO, «La iglesia de Cantabria ante el mundo moderno», *ibid.* pág. 62, lugar en el que se cita la tesis de licenciatura defendida en la Universidad santanderina en 1986 por el susodicho F. Bastante, que debe ser el estudio anteriormente mencionado del mismo autor, si bien amputado del análisis de los sindicatos de la región.

³ Con tono generalizador escribirá un sacerdote santanderino: «Es este capítulo [los sindicatos católicos], sin duda alguna, el más glorioso de la historia del clero montañés antes de la guerra de 1936. En él hemos de ver también la importantísima labor de unos grupos de seglares que constituyen el capítulo más importante del catolicismo social de Santander [...] Así comenzó esta gloriosa actividad del clero montañés. Actividad que está por escribir su historia. Ahora, por descuido de unos y por inte-

Por su estructura física y socioeconómica, Asturias estaba llamada a representar un papel singular y algo atípico en el despliegue del sindicalismo cristiano español. En ninguna otra zona de su geografía se produjo una concentración y diversidad de esfuerzos y efectivos semejantes. El neto predominio de su vertiente agrícola no ahogó, sin embargo, la vitalidad de su dimensión minera, en una provincia en la que el sector secundario gozaba de especial relieve, y en la que la sombra del II marqués de Comillas era muy alargada, al controlar parte de la producción hullera con destino a su flota peninsular y ultramarina. En ningún otro lugar esta orientación minera cobró la importancia que en el Principado, si se exceptúa, claro, la «Federación de Obreros Vascos», a la que más tarde se aludirá. Tal peculiaridad asturiana dentro de la evolución del catolicismo social hispano se resaltaría con otras notas, entre las que la lucha a muerte con los núcleos anarquistas y, sobre todo, socialistas de la pequeña provincia no será indudablemente la menor. Otra de semejante entidad radicó en la existencia de un estimable fermento sindical en parte del clero, que tuvo por maestro y guía al célebre deán ovetense Maximiliano Arboleya Martínez, sobrino del obispo dominico Ramón Martínez Vigil (1884-1904), que, en las disputas de campanario y los odios rifeños tan característicos de la Asturias de la Restauración, no contó en los momentos decisivos con la simpatía o estima de la oligarquía para una actuación puesta en entredicho por sus peligrosas derivas hacia...¡el socialismo!⁴.

Tales circunstancias determinaron que en más de un punto fuese la región el principal escenario del enfrentamiento entre el PSOE y el sindicalismo cristiano en sus dos plasmaciones agraria y minera, así como también teatro principal de algunas de las tensiones que competían en su seno a la hora de diseñar definitivamente el modelo organizativo más idóneo para su expansión. La fortaleza del socialismo en el Principado asturiano explica el rechazo frontal y la especial virulencia que sus ideólogos y dirigentes adoptaron cara a una acción cristiana muy activa y con ramificación por todo el tejido social de una de las zonas más movilizadas políticamente de la nación.

reses al parecer de otros, se hace casi imposible el poder escribirla. Se han hecho desaparecer los libros de actas y los expedientes que recogían los datos más importantes de los diversos sindicatos». S. Díez LLAMA, *La situación socio-religiosa de Santander y el obispo Sánchez de Castro (1884-1920)*, Santander, 1971, págs. 287-288.

⁴ B. FERNÁNDEZ y J. GIRÓN hicieron una primera y muy buida «Aproximación al sindicalismo agrario en Asturias: 1906-1923», en *La cuestión agraria en la España contemporánea*, Madrid, 1976, págs. 151-199, con importantes cuadros estadísticos, estando el segundo dedicado al sindicalismo católico; los mismos autores reprodujeron lo esencial de dicha comunicación en el apéndice de la *Gran Enciclopedia Asturiana*, Oviedo, 1981, XVI, págs. 119-121. Sorprende, no obstante, que tema de tal entidad no haya merecido ulteriormente monografías específicas.

Fue en ella donde el catolicismo social descubriera con mayor patencia todas sus virtualidades para la presencia moderna y cívicamente adulta de unas masas hasta entonces aletargadas. Conferencias, mítines, debates, prensa, folletería inconformista si no contestataria con las directrices jerárquicas evidenciaron la aportación modernizadora a la vida del país que el asociacionismo cristiano representaba en su conjunto, en especial, obviamente, cuando trabas y corsés se desataban ante envites ineludibles. Los nombres propios son inevitables en una Iglesia muy personificada aún en sus pastores y en un movimiento en el que los liderazgos descubrieron siempre un acentuado perfil. Si el P. Gafo no halló demasiadas oportunidades para dejar en su región natal la huella del sindicalismo *à rebours* que preconizaba, el hípido y clarividente Arboleya gozó en algún momento de viento favorable para la cristalización de sus «rompedoras» fórmulas.

Antes de que éstas, con momentáneo éxito, se ensayasen, el asociacionismo rural —agrario y ganadero— había encontrado un precoz y considerable desarrollo en la fase de los «Círculos Obreros». El más importante radicó en Oviedo (inauguración solemne en 1894), convertido por el resuelto apoyo del prelado Martínez Vigil, en foco dinamizador de la extensa red de círculos que pronto se tejió en gran parte de los cerca de cien concejos del Principado: Gijón, Laviana, Mieres, Aller, etc.⁵ Pero, con ser considerable, en manera alguna admite comparación con la que desde los albores del siglo presentaría la de la sindicación. Antes de la primera oleada en que cabe dividir la trayectoria del sindicalismo confesional español, algunos de sus centros se hallaban arraigados, lo que facilitaría la espectacular dimensión de aquélla, aún más reseñable por la fuerte competencia del sindicalismo republicano y obrerista, de tan gran raigambre —volveremos a recordarlo— en Asturias⁶.

⁵ En la *Visita ad limina* de 1893, dirá escuetamente el prelado de los círculos, según versión y acaso selección del traductor: «Se fundó en Gijón, con una publicación propia. Funciona también Oviedo». Apud. J. L. GONZÁLEZ NOVALÍN, *Las Visitas «ad limina» de los obispos de Oviedo (1581-1901). Una fuente eclesialística para la historia de Asturias*, Oviedo, 1986, pág. 270. De las cinco visitas del prelado dominico, sólo se reproduce la quinta, de 1901, y en la que no hay alusión a nuestra materia.

⁶ Vid. del importante libro de D. BENAVIDES, *El fracaso social del catolicismo español. Arboleya Martínez*, Barcelona, 1973, págs. 42-53. En su interesante reconstrucción de los capítulos señeros del pasado gijonés el descollante medievalista L. Suárez Fernández se aproxima al tema con normal y comprensible imprecisión: «Se produjo en Asturias, como en otras regiones de España, un proyecto de creación de sindicatos católicos, rechazando el dogma del materialismo dialéctico. En Asturias contó con un líder de gran entereza y valor, el dominico José Domingo Gafo; el apoyo de los jesuitas le permitió extender sus acciones a Gijón, donde apareció un sindicato de esta especie. La idea del padre Gafo era entablar un diálogo con los sindicatos socialistas, pero sus propuestas fueron sistemáticamente rechazadas». *Reflexiones sobre la historia de Gijón*, Gijón, 1995, pág. 404.

En vísperas de que la región fuese recorrida por la segunda ola del social-catolicismo, Arboleya semejó encontrarse con su destino. En efecto, a finales de 1913 el recién creado sindicato obrero independiente de Oviedo le ofreció con coactiva cordialidad su dirección, muy pronto extensiva a la Federación de Sindicatos Independientes, formada en un principio con la simple agregación de otro modesto sindicato de ferroviarios —criatura menor del potente núcleo vallisoletano— y de la de otro de menor entidad: una asociación de dependientes del comercio de la capital del Principado. En la única posesión atesorada por ésta, una espléndida mansión, se erigiría en junio de 1914, la Casa del Pueblo, matriz y hogar de un activo movimiento sindical, cuya afiliación —libre de toda dependencia o vinculación religiosa— llegaría a los setecientos un año más tarde. La misma Casa serviría de sede a la Federación diocesana de Sindicatos agrícolas, instituida igualmente en 1913 y revitalizada con las iniciativas del deán ovetense, su impulsor durante más de un año. El violento rechazo provocado en la plutocracia por la personalidad y métodos de un Arboleya desasistido de todo apoyo efectivo por su prelado, Francisco Baztán y Urniza (1905-1921), le llevó al apartamiento de sus tareas sindicales ovetenses, engolfándose en las batallas madrileñas por algún tiempo⁷.

La fisonomía del sindicalismo-cooperativismo asturiano —en ninguna otra región el lábil binomio respondió más a la realidad social— había cristalizado por entonces de manera definitiva. Centro, oriente y litoral eran los puntos de la bella geografía del Principado que se descubrían como principal asiento de sus trabajos. La relativa complementariedad y un cierto equilibrio entre sus diversas ramas contribuían a sus notables frutos, menos copiosos quizá de lo que cabía esperar por la falta de una verdadera coordinación ideológica y las tirantezas entre el clero comprometido en su progreso.

Tras la tercera onda expansiva del sindicalismo confesional en el filo de los años veinte, el discutido y discutidor canónigo ovetense volvería a tener intervención —ya con un nuevo prelado que le miraría con simpatía, el castellonense Juan Bta. Luis Pérez (1922-1934)— en un acontecimiento del mayor significado. Conforme a una trayectoria no infrecuente en otras del país, una desorganizada y en ciertos extremos dolosa gerencia de la «Federación Agrícola Asturiana», llevó a su quiebra técnica, sustituyéndola —enero de 1923— por la «Federación Asturiana Católico Agraria». En todo el complicado y fiscalmente hábil proceso jugó un papel crucial Arboleya, vuelto a su sueño de hacer de Asturias la Covadonga de una reconquista social de atrezzo y contenido vanguardistas... que no pudo ser.

⁷ Cfr. D. BENAVIDES, *El fracaso social...*, págs.

Como tampoco lo ha sido hasta el momento reconstruir la historia del catolicismo social asturiano más allá de algunas generalidades incrustadas de ciertas precisiones. Como en tantos otros lugares, desconocemos el día a día, la existencia cotidiana de sus centros y afiliados, que aporte la documentación más esencial para acometerla, con cifras de insumos, balances crediticios, número de miembros, actividades, contactos, sensibilidad religiosa, cultural y política, mundo material y mundo mental; para estar así en condiciones de responder con mínima exigencia a las preguntas que hoy plantea el análisis del asociacionismo y del movimiento sindical en conjunto, así como su inserción en el cuadro general de un país desparejado ya de somnolencias y entumecimientos. Con ello, *v. gr.*, podríamos acercarnos al conocimiento de realidades tan significativas como las relaciones entre los miembros de cooperativas y sindicatos agrarios y ganaderos, acortando la distancia que nos separa de su auténtico perfil. Dado el carácter de microcosmos de la región y, sobre todo, de la implantación de las pequeñas células y unidades del cooperativismo profesional asturiano, acaso no fuera tan difícil que una investigación particular pusiera al descubierto el grado de democratización de sus estructuras, confirmando o matizando la visión general e historiográficamente olímpica que forma parte del santoral contemporaneísta. De la zona precisamente de donde viniera —eclesiásticamente— el más «social» de sus obispos, el acabado de mencionar Luis Pérez, Murcia, tan alejada en todo del Principado, sabemos, por ejemplo, que la aireada subordinación del campesinado sindicalista a sus elementos dirigentes colinda con la leyenda. Si ello se ratificara o rectificara en otras provincias de configuración igual o semejante a la asturiana, supondría un elemento de análisis del máximo interés para la dilucidación de un extremo clave del tema ⁸.

⁸ «En algunas de estas sociedades se palpan claros recelos hacia los propietarios importantes. Así, en la de Molina de Segura se ponía énfasis en advertir que pueden «pertenecer a esta sociedad los arrendadores, jornaleros de la tierra y los pequeños propietarios que solamente viven con el esfuerzo de su trabajo». Y por esa misma razón se manifestaba que «dentro de la sociedad, todos los socios son libres e iguales, sin poder establecer jerarquías de ninguna clase: así, los cargos de la directiva serán desempeñados por arrendadores o jornaleros.» Este talante igualitario se reflejaba en una organización democrática; la junta directiva encargada de gobernar y administrar la entidad sería elegida en «junta general» por mayoría de votos, y sus componentes ejercerían los cargos con carácter gratuito por espacio de un año [...] Si nuevos datos no demuestran lo contrario, en la región murciana, la tesis de J. J. Castillo —según la cual la Confederación Católica Agraria no fue sino un sistema de encuadramiento de masas de pequeños campesinos instrumentalizado por los terratenientes en beneficio propio— se revela inadecuada para explicar la significación de ese grupo de presión. Porque del material analizado no se deduce que aquéllos tuvieran que ver con éste, orientando la actividad de la Federación de acuerdo con sus conveniencias. Hasta el momento, no conocemos terratenientes que pertenecieran a la Federación Católica de Murcia o que estuvieran encumbrados en el consejo directivo [...] Tanto la Federación Agraria e Instructiva de Levante como la Federación Católica reportaron buenos beneficios a pequeños y medianos propietarios y a los arrendatarios o colonos. Ambos grupos, además, mostraron que el campesinado era un factor humano susceptible de movilización, y, la última, que la religión podía ser la pie-

Pese a que a la alianza entre el gran cacique Alejandro Pidal y Claudio Bru fuese estrecha hasta la muerte del primero —1913— para tutelar la andadura entera del catolicismo social asturiano, bien pudiera ser que el peso de la historia se demostrase más fuerte que el de oligarquías y paternalismos; y los niveles de participación y gestión se evidenciasen elevados y autónomos en el tejido del sindicalismo agroganadero de la región, obscurecido a menudo en su protagonismo historiográfico por el más ruidoso de los mineros del valle del Aller. Las catilinarias del buen Arbolea merecen —siquiera como homenaje obligado— un contraste documental a través de la indispensable pesquisa erudita.

UN FINISTERRE CONVERTIDO EN CENTRO O EL SOCIALCATOLICISMO GALAICO

Aunque de naturaleza en parte diferente, el catálogo de las causas que, apriorísticamente, lastraban la implantación del sindicalismo confesional en Galicia, era tan copioso como el andaluz; la fusión de entrambos hubiera arrojado el registro más completo de las dificultades y desafíos para su realización. Ni siquiera en la aledaña Asturias el marco geográfico e institucional de los círculos, la parroquia, descubriría mayor dispersión y multiplicidad, fomentando así desde las estructuras primarias una tendencia incoercible hacia el grave escollo de la atomización de actividades y recursos, propiciada aquí por una inexistente o pésima red viaria. El régimen de propiedad de la tierra, el minifundio, idóneo en teoría para el desarrollo de los principios defendidos por el socialcatolicismo, en la práctica favorecía el ancestral individualismo del campesinado gallego, reacio igualmente a toda acción cooperativa, según expresaba un sólido mutualismo tenido por él como techo y vértice del asociacionismo. El despliegue de éste en formas más evolucionadas y eficaces se enfrentaba también en las tierras del finisterre español con un sistema caciquil que encontraba en él la cima de sus métodos y arraigo. Además de los recordados, otros obstáculos también de gran volumen se oponían a la expansión del catolicismo social en el territorio de la archidiócesis compostelana, como, *v. gr.*, un anticlericalismo siempre de fuerte latido o una politización omnipresente, auspiciada, a las veces, desde las propias instancias religiosas⁹.

dra angular, combinada con otros principios e intereses, capaz de articular un movimiento de masas». L. M. MORENO, «Movilización campesina y catolicismo social en la región murciana (1900-1923)», *Hispania Sacra*, 41 (1989), págs. 719 y sigs., págs. 745, 760-761.

⁹ A A. MARTÍNEZ LÓPEZ se debe el más importante estudio del sindicalismo confesional galai-co. Sus limitaciones —documentales y analíticas— se palián con frecuencia por lo buido de la interpretación y lo firme, en general, del contexto; pero, en conjunto, no sobrepasa el marco de una visión general, expuesta a menudo, no obstante su horror por la historia *«historisante»*, de modo descriptivo:

Pero ni a los determinismos geográficos ni a los sociales ha de concedérseles demasiada atención en el análisis y enjuiciamiento del sindicalismo confesional gallego. La estructura individual de su campo y psicología colectiva no significaron un valladar infranqueable para una estimable y propagada labor sindicalista. En sus líneas de conjunto, ésta formó parte del rico y proteico mundo del agrarismo, una de las señas de identidad de la Galicia contemporánea ¹⁰. En diversos períodos, coincidentes con cierta infirmitad de las corrientes más reivindicativas del famoso movimiento, el asociacionismo católico llegó incluso a mostrarse como su principal expresión, no obstante la moderación de sus programas y actividades ¹¹. En la extendida grisalla que dominó los perfiles del asociacionismo agrarista, el afán expansionista de la corriente católica y la embrizada prudencia y calculada ambigüedad en algunos momentos de la más moderada de las tres fuerzas en que halló manifestación laica el agrarismo finisecular, hicieron posible aquella reivindicación, bien presente, por ejemplo, en varios episodios de la «Solidaridad Gallega» y las «Asambleas Agrarias» de Monforte (1907-1912), promocionada inicialmente desde el sector católico por tres párrocos orensanos. Tal aspiración inspiraría, de otro lado, la obra inicial del más importante quizá de los teóricos del socialcatolicismo gallego en sus primeros pasos, el en buena parte valleinclanescos jurídico militar Valeriano Villanueva ¹².

O cooperativismo católico no proceso de modernización da agricultura galega, 1900-1943, Pontevedra, 1989.

¹⁰ Un análisis en el que no falta ninguno de los principales ingredientes del marxismo histórico —bien en verdad que en su versión menos alquitarada— desemboca un tanto *à rebours* en el componente confesional o, por mejor decir, en la manifestación confesional del agrarismo: «A través de su articulación en sociedades y sindicatos agrarios, el campesinado, que se desenvuelve mal fuera de su esfera, encuentra en el agrarismo las soluciones necesarias para su reproducción como clase en las nuevas circunstancias con el apoyo de esos sectores mesocráticos que se sirven de él como «masa de maniobras» y soporte político para reclamar poder.

Los aspectos ideológicos —teóricos— del agrarismo devienen de la divulgación por parte de sociólogos y economistas de elementos extraídos del pensamiento económico capitalista en el último cuarto del siglo XIX en el sentido de adaptarse a la existencia de la pequeña producción campesina, que no sólo no había desaparecido sino que estaba consolidándose en un buen número de regiones europeas. Si a esto se añaden las nuevas orientaciones del catolicismo social, completamos los elementos que nutrieron el discurso agrarista». A. ARTIGA REGO *et al.*, «Agricultura y capitalismo en Galicia: una perspectiva histórica», en P. SAAVEDRA y R. VILLARES (eds.), *Señores y campesinos en la Península Ibérica, siglos XVIII-XX. Campesinado y pequeña explotación*, Barcelona, 1991, II, pág. 366.

¹¹ Cfr. R. VILLARES, *Historia de Galicia*, Madrid, 1985, págs. 161 y sigs. En su laureada tesis doctoral se ocupa también —más tangencialmente— de ello: *La propiedad de la tierra en Galicia, 1500-1936*, Madrid, 1982. Con exceso de color local y una loable pero algo extemporánea voluntad de estilo pone orden y claridad en un tema tan enrevesado como tópico J. DURÁN, *Agrarismo y movilización campesina en el país gallego (1875-1912)*, Madrid, 1977, págs.

¹² Un sobresaliente especialista escribe con indisimulable simpatía sobre tan singular y atractivo personaje: «He insistido —pienso que suficientemente— en su vinculación formativa y familiar a las

Justamente, la evocación de su rica figura conduce en línea recta a la de la andadura originaria de los círculos gallegos. Estos conocieron unos comienzos muy lánguidos, con la consabida red de círculos y agrupaciones mutualistas, de vida, por lo común, poco pujante. El de A Coruña (1895) sirve como ilustración perfecta de tales trastabilleos. Ante su pronta decadencia y avalado por el pedigrí familiar de impecable ortodoxia y densidad clericales, V. Villanueva fue llamado por la autoridad eclesiástica competente a dirigirlo como recurso supremo para su reactivación. En otras dos capitales como Pontevedra y Ourense no fue necesario, sin embargo, apelar a ningún medio extraordinario para la actuación a pleno rendimiento de sus círculos, fundados ambos en 1893 —el segundo sería refundido en 1901, fecha para algunos autores solventes de su verdadero nacimiento¹³. Un prelado muy concienciado de su importancia en el caso del segundo y unos seglares muy animosos los harían entrar, con envidiable marcha, en el camino real del movi-

gentes de Iglesia: un tío canónigo, dos hermanos párrocos de otras tantas rectorales gallegas, etc. La cosa no para aquí. Valeriano Villanueva, a su regreso de Cuba, aparece como frecuente visitador de los Círculos Católicos que comienzan a proliferar por la tierra gallega, especialmente por sus ciudades principales [...] En el caso coruñés, que aquí más directamente nos interesa, había nacido el Círculo Católico en 1895. Su actividad, y si fiamos de nuestra personal documentación acerca del mismo, es escasa: algunas veladas artísticas y literarias, algunas clases impartidas a obreros muy domesticados, poco más. [...] Pese a tener dos hermanos curas, Villanueva se muestra inclemente con los comportamientos político-caciqueriles del clero gallego. Mirando concretamente a la nueva agricultura, reconociendo la virtualidad que suponen —por su emplazamiento aldeano y por los magníficos campos de experimentación y modernidad que podían ser sus granjas rectorales—, Villanueva critica con dureza su despreocupación y su ignorancia, si bien —de manera análoga a lo que hemos dicho de los abogados— descarga el rigor del vaticinio en los déficit formativos del seminario [...] Para nuestro autor la hora del catolicismo social, que no ha hecho más que despuntar, ha pasado. «Las mismas causas que hicieron perder para el Catolicismo las almas de los obreros de las ciudades, están laborando para que se pierdan las de los campesinos», escribe en 1906. V. VILLANUEVA, *Organización del cultivo y de la sociedad agraria en Galicia y en la España atlántica*, Ed., estudios preliminares y notas de J. A. Durán, Madrid, 1984, págs. 52-53. Otra semblanza de V. Villanueva más breve pero precisa es la realizada por el mismo J. A. DURÁN en *Agrarismo y movilización...*, pág. 131. De su lado, L. FERNÁNDEZ PRIETO y M. CABO VILLAVERDE delinear otra, más contextualizada en la generación que el propio J. A. DURÁN en la pág. 119 del susomentado libro denominada «entre dous séculos», en los pródromos del rexionalismo, «Agrarismo y regeneracionismo en la Galicia de comienzos del siglo xx. El discurso del regionalismo agrícola», *Agricultura y Sociedad*, 86 (1998), págs. 137, 143-144 y 157.

¹³ «... este Círculo ourensán é creado cando o movemento sindical católico levaba xa unha andaina de case trinta anos [...] O «Círculo Católico de Obreros de Orense» fundouse pola iniciativa e a expensas do bispo D. Pascual Carrascosa e Gabaldón, de feble aparencia e saúde delicada [...] que contrarrestaba cunha enerxía e un espírito inflexible e activo [...] Ademais do de Ourense, no 1902 fundou o «Círculo Católico Obrero» de Maceda e a morte sorprendeuno cando proxectaba construír un barrio obreiro de vinte vivendas e un edificio para a educación de nenos orfos e para ensinanza de nenos de obreiros en réxime de media pensión». J. DE JUANA, *Ortxes do sindicalismo católico en Ourense: fundación e organización do «Círculo Católico de Obreros»*, págs. 260-263.

miento confesional a raíz misma de su creación¹⁴. Igual dinamismo se proyectaría al ámbito rural —Betanzos, 1896; Noia, 1900; Maceda, 1902; Pontearreas, 1909, amén de otros muchos «Patronatos de Obreros» y «Sociedades de Socorros Mutuos», etc.—, con la participación de un clero muy ganado por el carlismo, militancia aquí de doble cara y que, paradójicamente, acaso sirviera para poner coto a más de una apetencia o maniobra caciquiles, habida cuenta de la obligada discreción de la mencionada clerecía, en la que en no pocos casos sus deberes «sindicales» se impusieron a sus inclinaciones políticas¹⁵. Frente a estos irradiantes focos, los de las sedes compostelana (Santiago, 1896) y mindoniense parecen tener menor ímpetu, quizá por no adaptarse al proceso de cambio acentuado experimentado por sus principales núcleos urbanos¹⁶. Tal sería el caso de El Ferrol, donde un activo sin-

¹⁴ Dos jóvenes y muy competentes historiadores ponen de relieve que incluso en Galicia, tierra de claroscuros y celajes, los estudiosos de sus hornadas fueron encuadrados en el más rígido de los uniformismos ideológicos: «Apoyados en el intransigente *Círculo Católico* (1901), los prelados Carrasco e Ilundain intentan frenar la penetración de ideologías antisistema entre los labriegos de Ourense, con la colaboración de Basilio Álvarez (*El Cura Rural*, 1904). Cuando estas medidas se revelaron insuficientes, la propia Iglesia favoreció la formación de sindicatos de inspiración católica. La ideología del sindicalismo católico, particularmente del ourensano, se fundamenta en la doctrina social de la Iglesia expresada por León XIII (encíclica *Rerum Novarum*, 1891), pero entendida en su sentido más restrictivo en lo concerniente a la justicia social y más protector de los intereses de la clase dominante. Se pretendía en definitiva, mantener el orden social existente fundándose en una interpretación del mensaje cristiano que jerarquizaba de forma inamovible la sociedad en beneficio de los privilegiados y ofrecía a los oprimidos la condición de «bienaventurados» con el ejemplo de sometimiento y humildad de Jesucristo. Siguiendo la secular tradición medieval que había visto en el Nazareno al redentor de la humanidad esclavizada, su Credo era presentado como la única filosofía de vida capaz de relacionar equitativamente los derechos y obligaciones de proletarios y burgueses, humanizando el sistema capitalista y recuperando la concordia social, la justicia y la dignidad, sin recurrir a la execrable dialéctica de la lucha de clases.» X. PRADA RODRÍGUEZ y R. SOUTELO VÁZQUEZ, «Los guías conscientes de una Arcadia perdida: la representación nacionalista de la Galicia campesina, 1908-1931», *Solitaritats pageses sindicalisme...*, pág. 661.

¹⁵ En un estudio de raro vigor interpretativo, que sólo ofrece el lunar de algún análisis a foriceps y una intitulación manifiestamente mejorable por lo inexacta, J. G. Beramendi expone la buena avenencia, no obstante su marginalidad formal, de la Iglesia gallega con las fuerzas regionalistas, debido tanto a su origen y, en gran parte, inspiración cristiana, como al indeclinable afán de carlistas y tradicionalistas por marchar a su lado, al insistir Vázquez de Mella, Losada Diéguez, etc., sin desmayo en el refrendo total de su ideario por el pensamiento católico, concretando que «el programa de reformas técnicas y criterios asociativos para el campo gallego no se diferencia mucho en sí mismo del que ofrecen los regionalistas liberales y regeneracionistas [...] Esto explica la benevolencia con que los socialcatólicos tratan incluso las manifestaciones más violentas del agrarismo solidario y, sobre todo, el fugaz acercamiento de significados propietarios tradicionalistas a las Asambleas Agrarias de Monforte» (inefables las dos misivas incluidas al respecto en el jugoso trabajo). «Incidencia ideológica del Neocarlismo y el socialcatolicismo en el regionalismo gallego terminal (1907-1916)», en *Homenaje de la Facultad de Geografía e Historia a D. Manuel Lucas y D. Angel Rodríguez*, Santiago, 1987, I, pág. 430.

¹⁶ Da una sucinta noticia del círculo y sus actividades J. R. RODRÍGUEZ LONGA, «La Iglesia de la archidiócesis compostelana en 1898», *En torno al 98*, Huelva, 2000, II, pág. 83.

dicalismo socialista demostró una envidiable capacidad de iniciativa y realización, hasta el punto de cerrar durante su tiempo de rodaje todos los caminos al círculo creado —mayo, 1894— en tan importante enclave industrial y administrativo ¹⁷. Empero, tras unos comienzos a medio gas tanto el coruñés como el ferrolano enderezaron sus pasos, y desplegaron una estimable labor en el plano material — erección en 1903 de la consabida Caja de Ahorros así como de una Cooperativa de Consumo— y educativo, tan desfasado en Galicia como en todo el país respecto a unas exigencias y demandas crecientemente insatisfechas ¹⁸. Dichos claroscuros, tan propios en la trayectoria de los círculos, se acentuaron de manera singular en la de los gallegos, según un número considerable de testimonios. Su fuerza debió ser tal que confundió a muchos coetáneos, llevándoles a una excesiva infravaloración del despegue del socialcatolicismo del noroeste de la nación, visión llamada a obtener gran eco en lo porvenir conforme lo atestigua la más reciente bibliografía. Centros efímeros, en varias ocasiones, de existencia meramente nominal, en otras, o, finalmente, de discontinua y precaria actividad avalan parcialmente la descripción peyorativa del fenómeno. Pero el negro no debe ser el único color para pintar los pasos iniciales del agrarismo confesional, recurso empleado —se repetirá— por muchos de sus investigadores hodiernos, para, en su opinión, contrarrestar la habitual hinchazón e hipérbole de la prensa y estadística católicas de la época ¹⁹.

Sin duda, la primera pandereteó en exceso los trabajos y resultados de la VI Semana Social celebrada en Santiago en julio de 1909, dando en ciertos casos por realidades lo que no era más que las conclusiones teóricas y desiderativas de sus principales conferenciantes, la flor y gala del pensamiento socialcatólico regional y nacional. Pero la calidad intelectual de la mayor parte de las ponencias y la

¹⁷ Cfr. J. M. PALOMARES IBÁÑEZ y M. C. FERNÁNDEZ CASANOVA, *La Comisión de Reformas Sociales y la cuestión social en Ferrol (1884-1903)*, Santiago de Compostela, 1984, págs. 77-81.

¹⁸ En un trabajo posterior del catedrático vallisoletano citado en la nota precedente se enfatizará la tarea docente planeada y, en menor medida por imperativos económicos, desplegada por el círculo ferrolano así como por el coruñés; estableciéndose igualmente esclarecedores paralelismos entre el primero y el compostelano. ID., «El Círculo Católico de Obreros de El Ferrol», *Estudios Mindonienses*, 4 (1988), págs. 487-492.

¹⁹ Véase, por ejemplo, lo que ocurría en un círculo de excelente implementación administrativa y que diera no pocas muestras del concienzudo trabajo de muchos de sus dirigentes: «Na Memoria lida diante do alcalde e demais autoridades, o 9 de outubro do 1904, polo Secretario Enrique Cantón Alvarado no acto inaugural da apertura do curso 1904-1905, dise textualmente que o “Círculo católico de Obreros de Orense es desconocido hasta por la mayor parte de los que contribuyen a su sostenimiento”, pois os socios protetores “no concurren a sus salones”, non se enteiran do que se fai e, sendo cultos e ilustres, abdican de participar e opinar sobre a súa marcha ou posibles reformas. E tamén é moi lamentable “el alejamiento de estos lugares del gran contingente obrero inscrito a nuestros libros”». J. DE JUANA, *Oríxenes do sindicalismo católico...*, pág. 175.

movilización general que implicara para el clero y los seglares más cualificados de Galicia justifican en buena parte la propaganda triunfalista que acompañó al acontecimiento; piedra miliar de la conciencia galleguista católica y uno de los eventos más precozmente identitarios de toda la Iglesia española de las primeras décadas del novecientos²⁰. Su definición de los principales problemas del finisterre peninsular en el alba de la centuria y el correspondiente cuadro de soluciones dieron fuerza e ideas a un cooperativismo aún en pista de despegue. El cambio de vertiente experimentado por éste a partir de tal momento nos enfrentará con un paisaje diferente al contemplado en el quindecenio precedente. En un movimiento de sus características, es claro que los cambios y mudanzas se alinean forzosamente en un proceso de unidad y permanencia sustanciales, amortiguador de brusquedades y tensiones radicales. Mas a pesar de estas tendencias moderadoras, la explosión cooperativista provocada por la famosa ley de enero de 1906 abrió paso a la formación de un cuadro bien distinto del finisecular. De manera algo parecida a lo acaecido en Cantabria, unos círculos escasos y rezagados en los inicios del siglo xx dieron paso a una súbita eclosión sindical, invadida por una auténtica fiebre creadora en la sede arzobispal y en la ourensana; transformación en llamativo y aún no explicable rezago en las restantes, trocado en enigma torturante en Mondoñedo o Tui —dos sindicatos en 1909 en la primera, y uno en la segunda—, contrapesado en la pontevedresa con uno en Vigo —círculo de obreros instituido en 1904 —descubierto como surtidor de toda una variada gama de sindicatos profesionales, seguido aquí de cerca por A Coruña, en la compostelana; dibujándose al propio tiempo en ambas ciudades un potente cooperativismo femenino. Visualizar, no obstante, toda esta marcha con caracteres triunfalistas implicaría, como en casi todo el territorio español, un alejamiento de la realidad, aprehensible sólo en términos de discreción y modestia pero a la vez muy significativos como indeficiente voluntad de progreso.

La inflexión que en la obra cooperativa de otras regiones se dibujó una vez concluida su ola inicial —*circa* 1913—, no señaló caracteres pronunciados en el gallego. Paralelamente al nacimiento de la fuerza quizá más competidora de su despliegue, la «Acción Gallega» del célebre Basilio Álvarez —sacerdote hasta varios lustros después—, y al de las «Irmandades da Fala» (1916-1918), los años de la Gran Guerra fueron de cierto impulso socialcatólico en las provincias galaicas, desperzadas en su búsqueda de una modernización real que mercantilizara su campo y diera alas a su industria, en especial, a una ganadería forzosamente orientada ya al consumo interno, sobre todo de las dos grandes capitales de la nación²¹. Import-

²⁰ Que sepamos, tan importante acontecimiento carece de una condigna investigación, especialmente apta para los rastreadores de identidades y buscadores de esencialidades.

²¹ Con respecto a la secularización del célebre párroco de Beiro debe indicarse que ya en 1914 su obispo, el recio iruñés Ilundaín, especialista en altercados y rifirrafes con sus fieles, le retiraría

tante a tales efectos (que no en logros laborales e institucionales) fue la primera misión sindicalista emprendida por la pareja palentina Nevares-Monedero, entonces —verano de 1915— en pleno estreno de sus afanes proselitistas²². Gracias en buena medida a su ardorosa propaganda no hubo solución de continuidad entre el nacimiento y auge del cooperativismo cristiano gallego, muy hostilizado ya por el poder caciquil y obstaculizado, a las veces, por un sector del episcopado, receloso de algunas de sus consecuencias, entre ellas, la viva contestación antiooperativa de comerciantes e intermediarios, «submarinos» e infiltrados en muchas ocasiones en sus propias filas; protesta aún más temida por cuanto, en mayor proporción e intensidad que en otras regiones del país —por ejemplo, Valencia o Andalucía, tierras de sólido anclaje caciquil y oligárquico no obstante sus diferentes estructuras rurales—, los prebostes del turnismo canovista eran en muchas ocasiones prestamistas y controladores de la venta de ciertos insumos.

Un animoso haz del clero rural, continuador del camino señalado por Nevares y Monedero, que tomaron el finisterre peninsular como escenario preferente de sus correrías misionales, se evidenció ahora, como en Navarra o La Rioja, el alma y sostén de una empresa de modestos pero tangibles resultados en unas explotaciones agroganaderas —localizadas esencialmente en la etapa fundacional en las zonas montuosas de un interior de neto color y calor de carlismo valleinclanescos...— que acompañaron sin magra figura el notable desarrollo del sector primario en la España de comienzos del siglo pasado²³. Y al igual que en todos los

sus licencias sacerdotales a causa de sus campañas agraristas. Cfr. J. A. DURÁN, *Historia de caciques, bandos e ideologías en la Galicia no urbana*, Madrid, 1972, págs. 75-76.

²² «Durante os primeiros anos a iniciativas máis significativas campañas de propaganda realizadas en Galicia correu a cargo da plana maior do catolicismo social español. Ao respecto cabe citar as estancias do P. Vicent (1906-9). P. Gerard (1906-1910) e P. Nevares e Monedero (1915 e 1918) [...] En xeral, nesta etapa inicial as campañas caracterizanse pola polivalencia de temáticas e destinatarios. En efecto, nos mesmos ciclos de conferencias trátanse tanto temas agrarios como obreiros, sendo os seus receptores un conxunto variopinto de sacerdotes, profesores, estudantes, damas da boa sociedade, labregos, obreiros, etc. [...] Durante o verán de 1915 prodúcese unha importante ofensiva propagandística, protagonizada fundamentalmente pola Compañía de Xesús, ao longo do territorio galego. A parte principal ten como escenario a comarca do Ribeiro». A. MARTÍNEZ LÓPEZ, *O cooperativismo católico...*, págs. 57 y 68.

²³ «Salimos de Cea en las primeras horas de la mañana, y en modesto carricoche cruzamos de nuevo la hermosa campiña gallega, camino de Maside. Nos acompaña D. Manuel Rodríguez, párroco de Cea, y su joven arcipreste, D. Antonio López, bellísimas y ejemplares personas, de las que demuestran el movimiento andando.

Realmente los sacerdotes de este Arciprestazgo han dado un ejemplo de amor al pueblo y a sus superiores digno de ser conocido. Para fundar el Sindicato comarcal de Cea ha entregado cada sacerdote tres duros. Hace poco para adquirir una gran máquina machacadora de grano para los socios, han dado cada uno 100 pesetas. Él que no las tuvo hubo de buscarlas...

lugares en que el sindicalismo cristiano se convirtió en una de las referencias esenciales de su paisaje social, los pequeños y medianos propietarios, que constituyeron el grueso de sus filas —Galicia será uno de los territorios con menor presencia jornalera en el cooperativismo cristiano, apenas un 3 por 100—, ganaron grandemente en cultura organizativa y conciencia ciudadana²⁴. Pues la sincera voluntad y el firme compromiso contra la permanencia de los foros y del despótico y avasallador caciquismo del lado de los mejores elementos del sindicalismo confesional implicaron, *per se*, un peldaño considerable en la articulación social y adultez cívica de los miembros de unas organizaciones que, en Galicia, se atuvieron, invariablemente, al más clásico patrón interclasista como feudo comillense que a estos efectos fuera. Hasta el *tournant* de los años veinte —tan decisivo en el movimiento galleguista como en el andalucista, en los que la tierra y, en menor medida, la cultura, obra de un campesinado idealizado, lo eran todo o casi todo en su fundamentación ideológica—, catolicismo social y galleguismo— un galleguismo de claros pronunciamientos confesionales— irían de la mano en su conquista de la pobla-

Sindicatos que así nacen, llevan, desde luego, asegurada la victoria». A. MONEDERO MARTÍN, *Siete años de propaganda. (Crónica de «Juan Hidalgo»)*, Palencia, 2003, págs. 43-44. «En xeral, o peso da acción social católica foi soportado polo clero secular, en particular os párrocos rurais. O clero regular, recluído nos seus conventos e desprovisto do seu poder territorial de antaño, apenas colaborou esporádicamente na organización do sindicalismo confesional [...] A misión social do sacerdote foi motivo de frecuente polémica nas ringleiras católicas. Resulta xa tópico salientar a importancia sociolóxica que adquire o párroco na Galicia rural. Con certa frecuencia, e en unión do mestre (outro puntal das élites socialcatólicas locais), promovía a creación de escolas (caso do Cura Luna en Antas, ou Prieto García en Meirás) ou doutros establecementos necesarios para a comunidade aldeá. Pero tampouco convén esquecer a súa enorme eficacia como difusor dunha ideoloxía fortemente conservadora e españolista, defensora da Propiedade, Monarquía, Exército, etc.». A. MARTÍNEZ LÓPEZ, *O cooperativismo católico...*, págs. 42-43. Casi todo el texto se reproduce literalmente en la siguiente obra del autor *Cooperativismo y transformaciones agrarias en Galicia, 1886-1943*, Madrid, 1995, pág. 35, libro en el que volverá a insistirse en el mismo protagonismo sacerdotal: «La prensa afín al movimiento cooperativista resaltaba estas colaboraciones económicas. Así el cura de Cea, inspirador de su Caja Rural, recién fundada, puso a su disposición nada menos que 25.000 pts., *Boletín del Círculo Católico de Obreros de Orense*, núm. 5, 5-XI-1903. La de S. Adrián de Ortigueira contaba con 2.250 pts. casi todas debidas al párroco; la de Ladrido disponía de 1.500 pts., de las cuales 1.000 eran del párroco», pág. 219. De igual modo y hasta el rozar la extenuación, J. A. DURÁN subrayará el hiperliderazgo sacerdotal, mostrando indisimulable fruición al anotar la filiación carlista de casi todos sus protagonistas, que en alguna ocasión pondrán bajo sospecha la ortodoxia legitimista del propio Vázquez de Mella, muy atraído, como se sabe, por los temas sociales. *Agrarismo y movilización...*, págs. 105 y sigs., 143 y sigs. y *passim*.

²⁴ «Esta etapa constitúe o culme da expansión do agrarismo católico, a partir de aquí sufrirá un lento pero inexorable declinar, anque mantendo sempre uns cuantiosos efectivos. Se temos en contra que Galicia ten aproximadamente unhas 3.800 parroquias rurais, vemos como en 1920 nada menos que unha de cada oito entidades parroquiais acollía un SAC, non esquecendo polo demais que, con relativa frecuencia, un sindicato abranguía dúas parroquias». A. MARTÍNEZ LÓPEZ, *O cooperativismo católico...*, pág. 72.

ción rural, a través de un semejante o muy poco diferenciado discurso agronomista de corte muy pragmático, concerniente a los aspectos presentes siempre en el reformismo social católico, fuente común de ambas corrientes hasta los primeros años del período de entreguerras²⁵.

Alejándonos —con esfuerzo— de tema tan tentador pero de imposible seguimiento en estas páginas, recordaremos que el esquema organizativo al que se ha hecho alusión más arriba presidiría, en efecto, la etapa áurea del cooperativismo confesional, de cronología en todo semejante a la del resto de España²⁶. En la hora de 1920 la cifra de sindicatos católicos gallegos rozaba el medio millar, con un obispado de Mondoñedo —setenta y nueve, que integraban desde el año anterior la correspondiente Federación diocesana— y otro de Tui —setenta y seis— que, recuperando el tiempo perdido, se codeaban con el arzobispado compostela-

²⁵ Al término de un análisis de torrencial erudición, aunque basado fundamentalmente en el estudio de J. G. Beramendi citado en la nota 15 y en la amplia introducción del mismo catedrático madrileño de la obra de A. LOSADA DIÉGUEZ, J. PRADA RODRÍGUEZ y R. SOUTELO VÁZQUEZ escribirán: «Para que esta *intelligentzia* nacionalista, católica y neofidalga asegure su predominio político e ideológico, era preciso crear una estructura social compuesta por pequeños y medianos *donos de seu*, sean campesinos, artesanos o pequeño-burgueses. Esto explicaría, muy en la línea del reformismo social-católico, su defensa de una transformación del campo basada en la redención de los foros y en la creación de sociedades cooperativas para la producción y el consumo. Se frenaría así el proceso de concentración del capitalismo, retornando lentamente a una situación de predominio del pequeño capital. Una *weltanschauung* católica y nostálgica de la perdida hegemonía *fidalgá* en la sociedad rural, determinará su manifiesta hostilidad hacia los [sic] élites socio-económicas del mundo urbano, entre otras razones porque es en la ciudad donde más se percibe una descristianización que implica apartarse de su concepción católica del mundo, fundamento legítimo de la personalidad nacional de Galicia». «Los guías conscientes...», págs. 678-679.

²⁶ «Existe una [...] concepción del cooperativismo como sistema perfecto y cerrado estáticamente sobre sí mismo, dotado de ventajas tanto sobre el capitalismo como sobre el comunismo [...] En la práctica, no se cuestiona el marco de libre mercado en que se inserta el movimiento cooperativo, tratándose, más bien, de buscar simplemente un mejor acomodo dentro de él [...] Esta concepción ha sido encarnada por diversos grupos sociopolíticos, generalmente procedentes de la pequeña burguesía reformista [...] La ideología que quizá en mayor medida recurrió y se identifica con este enfoque del cooperativismo sea el catolicismo social. Sobre este último existen varios estudios realizados en el último decenio, elaborados bajo metodologías bien diferentes, aunque no analizan esta relación en profundidad [...] La base social sobre la que se asienta el cooperativismo agrario en Galicia resulta bastante plural, fiel reflejo de la compleja sociedad de la que emana, aunque centrada básicamente en torno a los pequeños y medianos arrendatarios y/o propietarios, en razón de las características del movimiento. En efecto, hay que tener en cuenta que normalmente para acceder a cualquier fórmula cooperativa había que realizar un desembolso previo y que, en el caso agrícola, la adquisición de insumos suponía un cierto acceso a la propiedad, así como una superación del estadio de agricultura de subsistencia [...] La peculiar formación social gallega, estructurada en torno a un pequeño cultivador que logrará en este período el acceso a la propiedad, representaba, en principio, un terreno abonado para la germinación de los ideales cooperativistas». A. MARTÍNEZ LÓPEZ, «Cooperativismo y campesinado parcelario en la Galicia del primer tercio del siglo XX», en P. SAAVEDRA y R. VILLARES, *Señores y campesinos...*, págs. 375-378.

no, a la espera de que la sede lucentina tomara de manera espectacular su relevo en la década siguiente²⁷. Pues, en efecto, los años veinte volvieron a asistir —con compás similar pero no idéntico al del resto del país— a otro viraje llamativo en la implantación y densidad del socialcatolicismo galaico²⁸. Abandonando sus núcleos primigenios, los surgidos en la postguerra mundial en las zonas más evolucionadas económica, social y culturalmente del agro gallego —A Coruña y el nordeste lucentino, en líneas muy generales— echaron sólidas raíces y se convirtieron en plazas inexpugnables para el desánimo y la ruina provocadas por la bajamar de finales de los años veinte e inicios de los treinta²⁹. Un testigo tan cualificado como poco proclive al ditirambo, V. Villanueva, vería entonces satisfechas sus ansias y ensoñaciones costistas, ponderando con los acentos más vivos el frenesí creador, la borraquera de innovaciones, la búsqueda acezante de progresos y ganancias que se apoderase del campesino gallego en los años floridos de una dictadura por la que no podía ocultar sus simpatías; impresiones corroboradas medio siglo después en

²⁷ «Esta marcada diferencia de implantación católica entre norte o sur do país estaría en relación con determinados matices xeográficos-económicos entre estas dúas zonas. A Galicia norte constitúe a principal reserva gadeira, cunha clara tendencia comercializadora. O peso dos foros era menor, en beneficio dun contrato máis moderno como o arrendamento. A importancia dos montes comunais era máis cativa que no sur (*La Voz de Galicia*, 19-III-1989: 60), presentando un sistema de explotación forestal máis favorecedor da iniciativa privada. O tamaño medio das parroquias é meirande no norte, sendo en troques menor a súa densidade probocional. Todo iste configura uns territorios, os da Galicia norte, cun sistema de propiedade menos arcaico, unha menor atomización do terrazgo, un maior potencial económico labrego e unha vocación gandeira, factores todos que favorecerían a modernización nun senso capitalista da agricultura, manifestada na propiedade privada plena e na crecente orientación da produción pecuaria cara os circuitos comerciais. Este modelo de desenvolvemento agrario vai ser precisamente o preconizado polo agrarismo confesional». ID, *O cooperativismo católico...*, pág. 87; repetido con muy ligeras variantes en *Cooperativismo y transformaciones...*, págs. 54-55.

²⁸ «... la comarca de Santiago se mantiene al margen de la movilización agrarista, incluso en el agitado período 1907-1913, y solamente comienzan a fundarse sociedades en el trienio bolchevique de resultas principalmente de la iniciativa social-católica», dándose una explicación del hecho que nos parece incompleta, entre otros motivos, por excluir su aspecto religioso, cuya importancia se aceptará, paradójica y subrepticamente, al final de la argumentación: «Coincidimos con Fernández Prieto [...] cuando señala que es fundamental en la articulación del movimiento agrarista el liderazgo de sectores mesocráticos de extracción urbana, y dadas las características de las clases propietarias compostelanas no encontrarían al contrario que las de Vigo o Coruña un movimiento con el cual pudiesen identificarse hasta el “boom” social-católico». I. ROMÁN LAGO, A. BERNÁRDEZ SOBREIRA y M. CABO VILLAERDE, «Mercado urbano y transformación social del campesinado: Galicia 1923-1936», *Solidaritats 1...*, pág. 689.

²⁹ En algunas comarcas del sur galaico tal descenso habría incluso que situarlo muy en los principios de los años veinte: «Esta nova implantación do agrarismo católico tivo unha curta traxectoria pois na altura do ano 1923 xa non funcionaba ningún, agás o de Vilaza que perduraría ata 1930. A desaparición da escena política de Luis Espada, o seu valedor, e a chegada da dictadura primorriveriana terían moito que ver con finamento desta caste de sindicalismo que traballaba, segundo eles, «en beneficio da orde moral e económica e da rexeneración social do campo». X. DASAIRAS VALSA, «Labregos e obreiros na comarca de Monterrei», *Dez-eme*, 3 (2001), pág. 39.

las evocaciones infantiles de la prosa prodigiosamente mágica y realista de un Cela exaltador de curas y canónigos padroneses y compostelanos adalides de la modernidad...³⁰. Al acomodarse estructural y organizativamente en la tercera década del novecientos con el modelo imperante en las zonas más florecientes del cooperativismo peninsular —Meseta Norte, País Vasconavarro y Valenciano, también en rasgos globales—, el funcionamiento del cooperativismo galaico confesional se modernizó, con frutos notables incluso en la recesión comenzada con las primeras secuelas de la crisis mundial. Pese a su reducido empleo del crédito de las cajas rurales y centrales y a los perjuicios derivados de su ambigua política arancelaria y —de seguir las tesis de algunos estudiosos poseídos por explicable pero no recomendable historiográficamente querencia telúrica— una excesiva dependencia de los intereses agrarios de la CONCA, la densidad y logros de este agrarismo confesional no se mostraron exiguos³¹. Aunque su aportación demográfica no fuese muy destacada y se mostrase por debajo de la media nacional, sólo cabe hablar de frustración de su empeño en la misma medida que en el del resto de la nación.

De otra parte y al margen de balances y conclusiones, como sucede al profundizar en otros planos de su actividad, algunas de las tesis y teorías más firmes

³⁰ Cfr. para la visión de V. Villanueva L. FERNÁNDEZ PRIETO, tan gustoso, como casi todos los historiadores de su generación, de intitulaciones literarias, luego, de ordinario, prosística que no historiográficamente, un tanto defraudadas: «Antonte fronte a onte: As orixes da innovación tecnolóxica na agricultura galega. 1900-1936», *X Xornadas de historia de Galicia*, X (1998), pág. 348. En idéntica loanza insistiría, bien que con acento algo reivindicativo, poco más tarde, en las primeras Cortes de la República, D. Ramón Otero Pedrayo, muy bien caracterizado al igual que el resto de sus colegas y camaradas de, por J. A. Durán al decir que «siempre anduvieron más cerca del social-catolicismo agrario que de cualquier aventura demasiado radical», aunque en el caso de Luis Peña Novo tal clasificación resulta más discutible o al menos quizá sea más lábil y movediza de lo afirmado por tan encomiable estudioso. «El problema agrario de Galicia (Otro proceso de cambio por derribo)», *Agricultura y Sociedad*, 18 (1981), pág. 105. Los conocedores de la obra celiana, que en Galicia se contarán por miles, retendrán en su minerva mil pasajes de corte y sabor dieciochesco y progresista decimonónico. Por todo, el siguiente será tal vez uno de los más significativos: «—¡Qué ruido [el provocado por un automóvil marca Ford usado por el abuelo del autor] más contemporáneo y progresista! —decía don Rigoberto Grijoa, un farmacéutico que enterraron por lo civil.

—¡Y usted que lo diga, amigo Grijoa, y usted que lo diga! —le contestaba don Proyecto Leobalde, un clérigo que después colgó los hábitos y se hizo republicano de Basilio Álvarez—. ¡Con muchos ruidos como éste conseguiríamos sacar a España de su marasmo, tal como quiere el escritor Azorín!», *La Rosa*, Madrid, 2001, pág. 259.

³¹ «En Galicia las cajas rurales funcionaron prácticamente en su totalidad como secciones autónomas dentro de los sindicatos, sin tener existencia independiente. En los años subsiguientes a su fundación, es decir, entre 1919-1922, las federaciones gallegas comenzaron a poner en funcionamiento sus cajas federales [...] Incluso en la época de máximo esplendor, las cajas centrales de las federaciones gallegas estaban todavía muy lejos de las cantidades manejadas por sus homónimas del resto de España». A. MARTÍNEZ LÓPEZ, «Cooperativismo y campesinado parcelario...», pág. 386.

y extendidas acerca de la artificialidad e inoperatividad del cooperativismo cristiano se derrumban o agrietan grandemente al analizar su indeclinable actitud anticaciquil en la mayor parte de su trayectoria y geografía. La ejemplificación proporcionada por el gallego no puede, pues, desaprovecharse, incluso en un estudio de tan rápida y sintética andadura como el presente. Al comenzar el novecientos, en creciente el agrarismo, la *intelligentzia* caciquil creyó ver en el sindicalismo católico un aliado fácilmente manejable en el enfrentamiento con aquél. Pero ni el ideario ni el ideal que movían el cooperativismo cristiano eran compatibles con el caciquismo, más allá de alguna convergencia ocasional. Cabe decir, pues, que, casi desde el primer momento, las espadas estuvieron en alto; pero en una comunidad de politización y sutilidad extremas, los tanteos y aproximaciones tácticas duraron mucho tiempo antes de llegar al cuerpo a cuerpo.

Ello sucedería cuando, fracasado el agrarismo laico inicial y en plena gestación el acaudillado por Basilio Álvarez, el socialcatolicismo galaico se hallase en ilusionada sazón al extenderse por las zonas agroganaderas más activas económicamente y con una oferta tan atractiva como ya contrastada de servicios y prestaciones. La ofensiva caciquil contra sus organizaciones sería así feroz en las postrimerías de los años diez, especialmente al producirse su conjunción con la lanzada por los sectores perjudicados —comerciantes, prestamistas, usureros— por la labor de las cooperativas confesionales, no faltando, incluso, el apoyo añadido de la inhibición de la mitra compostelana con un prelado, el provector cardenal abulense Muñoz Herrera, cada vez más ganado por el deseo de «tranquilidad», en el que sería secundado por parte de su clero³². En un clima de creciente violencia verbal y física llegaría a producirse el hecho insólito y sin precedentes en toda la nación de la muerte de varias personas en el transcurso de reyertas y altercados entre sindicalistas y peones de la maquinaria caciquil. Las heridas infligidas en tal combate desangraron a un movimiento nunca sobrado de fuerzas en ningún sitio de España³³.

³² El testimonio [1918] del P. Nevares es siempre autorizado: «Después de la semana social de Santiago [1909] se estableció en Santiago una Junta de propaganda sindical, cuyo consiliario fue el actual obispo de Tuy d. Leopoldo Eijo: hicieron propaganda con entusiasmo y acierto, y los pueblos respondieron bien. Pero surgieron quejas y dificultades de parte de los caciques y el Sr. Arzobispo se retiró de la obra y encomendó al consiliario bajo secreto que sin decir nada suspendiera la acción sindical y que no se aprobara ningún sindicato ni se crease ningún sindicato sin su consentimiento. Pero sucedió que, cuando ocurría un caso, siempre el Arzobispo daba la callada por respuesta, y no hablando ni haciendo daba el golpe de muerte a la obra sindical [...] El consiliario a pesar de que el P. Vicent le alentaba... por no disgustar al Sr. Arzobispo, se retiró de la obra». *Apud* A. MARTÍNEZ LÓPEZ, *O cooperativismo católico...*, pág. 68.

³³ «En este país de caciques, lo que más les ha impresionado es que se les diga que para que los Sindicatos prosperen han de prescindir en su interior de la política —¡Y nosotros que creíamos que sólo con la política podían arreglarse las cosas! —dice uno.

El alto grado de desconocimiento que sobre su discurrir —galaico y no galaico— poseemos todavía acerca del socialcatolicismo impide evaluar con precisión la extensión de aquéllas y sus repercusiones en estadio quizá crucial del desarrollo del cooperativismo católico gallego. Sus investigadores «autóctonos» se inclinan a pensar que la campaña anticaciquil no constituyó un objetivo primario de su actuación, que contempló en todo instante un final feliz, con la subordinación o desaparición de los caciques «malos» a manos de los «buenos», clasificación establecida en ocasiones por los mismos publicistas católicos. Desde el exterior nunca, sin embargo, se vio así; y por mucha que fuese la «especificidad» gallega dentro del sindicalismo confesional nunca llegó a ser tanta que borrarse su filiación e identidad más profundas. Por lo demás, es bien claro que la ilusión y energía de una gavilla de sindicalistas no iban a descepar una planta permanente y abundantemente regada en la charca moral de la Restauración, en una tierra en que, por contera, «el chirrión de los políticos» alcanzaría estridor insufrible en la etapa final del régimen alfonsino. Con curas, políticos y celtas, el doble juego y lenguaje, las volaterías y trapisondas, los camaleonismos y ficciones estaban garantizados. Lo importante y verdaderamente reseñable es el gesto y decidido propósito anticaciquil de un puñado de agraristas católicos de iniciar una batalla a cuyo final sabían bien que no asistirían pero que estaban empeñados en apresurar.

La eternamente debatida cuestión de los foros no pertenece, desde luego, a este lugar, que sí es apropiado para resaltar una vez más la guerra abierta declarada al sistema de los foros por los líderes del socialcatolicismo; aunque tampoco hay mayor obstáculo para admitir que fuese de modo quizá más acusado por los nacionales que por los regionales...³⁴. Las cautelas y pronunciamientos crípticos en

—Pero lo cierto es —replica otro— que hasta ahora no hemos hecho más que desarreglarlas.

—Si los castellanos han sabido desenredarse de la política para prosperar —dice otro—, también nosotros sabremos hacerlo, y dentro de los Sindicatos no seremos más que labradores.

—Tú lo entiendes, Jusé, tú lo entiendes». A. MONEDERO MARTÍN, *Siete años de propaganda...*, pág. 43. El apoliticismo del sindicalismo confesional galaico es completamente descalificado por A. MARTÍNEZ LÓPEZ, *O cooperativismo católico...*, págs. 234 y sigs.

³⁴ «Por eso, con nuestros Sindicatos y Cajas Rurales, el paisano gallego hallará el medio práctico de redimir sus foros, de disponer de fondos para adquirir abonos minerales, de aumentar sus ganados, sus fincas y sus cosechas, de salir de las gravosas aparcerías y de hallar en los tres fines de nuestros Sindicatos los medios completos de regeneración que en otros no podrá nunca hallar: la instrucción profesional, el mejoramiento económico y la elevación moral.

Por eso nuestras propagandas agrarias prosperarán en Galicia como prosperan en otras regiones, y por eso todas las demás se han estrellado y se estrellarán, aquí, como en otras partes.

¡Católicos de Galicia, que tanto amáis a vuestro Dios y a vuestro país, poned manos a la obra de regenerar a vuestros paisanos; la rapidez de la unión depende de la cantidad y energía de vuestro trabajo!». A. MONEDERO MARTÍN, *Siete años de propaganda...*, pág. 58.

ocasiones de los últimos en un tema tenido como piedra de toque de la identidad contemporánea de la región, se instrumentan hoy corrientemente para negar toda contribución de interés del sindicalismo confesional galaico a la formación de una conciencia ciudadana. El hecho de que ésta no se reflejara pronta y directamente en un acrecentamiento de su sentir galleguista ha influido sin duda —y, a las veces, con poderosa medida— en la crítica inmisericorde que la reciente historiografía galaica ha dirigido contra unas organizaciones tachadas políticamente de contrarrevolucionarias, alicortas en sus programas socio-económico y tuteladas, en ocasiones, vasalláticamente, por los curas y elementos de la aristocracia y burguesía que formaban sus cuadros directivos. Estas páginas no las guía el afán de polémica, sino el deseo de verdad. Parte de ella, por supuesto, se contiene en la referida actitud. Pero otra se encuentra en la conformación —con sus naturales altibajos— de un movimiento de raíz religiosa, con logros materiales, conquistas sociales y prolongada duración sin cuyo conocimiento —y valoración— gran parte de la andadura de la Galicia novecentista sería por entero incomprensible. Formas de convivencia e integración económico-social, mentalidades, comportamientos políticos, etc., se moldearon y discurrieron por los cauces nacidos de su cooperativismo confesional, pasada —hecho insólito y de notable rareza— incluso la frontera de la guerra civil.

Todo lo cual no resta, desde luego, vitola ni entraña telúrica al sindicalismo galaico confesional, como parece evidenciarlo que fuera uno de los cuatro o cinco de la nación que contara con un sindicato de pescadores —Cangas, 1920—. Un clero alejado por lo general de la siembra del más laicista de los nacionalismos españoles y, pese a su casi abrumador origen campesino, no muy al tanto de la marcha de los problemas y temas agrarios, forzosamente había de recibir estímulos y mantener sólidos contactos con el exterior. Estos no le fueron nunca regateados desde la CONCA y la ACNP, cuyos elementos más dinámicos alentaron al sacerdocio rural gallego comprometido con la acción social a remontar los períodos críticos y depresivos —*v. gr.*, mediados de los años diez, inicios de los treinta—.

De nuevo aquí, surgirán los fantasmas de la «dependencia» y sucursalización al echar en falta ciertos estudiosos la existencia de un episcopado autóctono que se hubiera verdaderamente comprometido con los destinos de la región y apoyado con eficiencia a su clero. Argumento quizás algo feble al olvidar que en otras archidiócesis y sedes episcopales —entre ellas la vitoriana, regida sólo desde su creación en 1861 hasta los años sesenta del siglo pasado por un vasco, Mons. Múgica, y varias catalanas— con jerarquía en su totalidad proveniente de varias zonas de la nación, fueron prelados concienciados los que impulsaron y fomentaron las empresas del asociacionismo confesional, como sucedería a menu-

do en la propia Galicia, muy lejos, por otra parte, de orfandad o desamparo identitario en su episcopado contemporáneo. *V. gr.*, la mitra tudense tuvo obispos indígenas entre 1914 y 1930; la orensana estuvo pastoreada por el pontevedrés Cerviño González por cerca de un veintenio (1922-1941), al igual que la lucense —Rey Lemus, 1920-1941—; en todas ellas así como en la mindonense, el gobierno de asturianos al tanto de las necesidades y particularidades idiosincráticas de sus fieles fue muy corriente. Por el contrario, tal vez el débil desafío que supuso un proletariado exiguo y de escasa militancia en las centrales obreristas no obstante el pletórico arranque en algunos lugares —ejemplo: Ourense—, adormeció un tanto las energías creadoras de los líderes sindicales cristianos, acomodados fácilmente a una tarea de gestión más que innovadora y adelantada en unas bases de muy reducido nivel educativo³⁵. Por lo demás, conforme se recordaba ha un instante, aún poseemos grandes lagunas en el conocimiento de la manifestación y expre-

³⁵ Pese a este escaso arraigo del proleterio aconfesional, bastaron unas pequeñas turbulencias para que el cardenal Martín Herrera destapara la caja de los truenos, con reserva si no asombro de la propia prensa católica: «La terminación del Año santo ha coincidido con las fiestas solemnes de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, y nos ha congregado en el templo para meditar las sublimes lecciones que la Sagrada Familia nos ofrece en el Portal de Belén para el remedio eficaz de los males que nos afligen; males de mayor trascendencia que los que ha ocasionado a España la doble lucha que está sosteniendo en Cuba y Filipinas.

Se trata, VV. HH. y aa. hh., de desquiciar por completo la sociedad en que vivimos, propagando errores funestísimos y trabajando para llevar a la práctica máximas verdaderamente subversivas del orden social; se trata de las maquinaciones de los *socialistas*, que no solamente se dejan sentir en las grandes poblaciones, sino también en las parroquias rurales y en las aldeas más insignificantes. Por lo cual Nos vemos obligados a publicar esta CARTA PASTORAL para exponer lo que es el *Socialismo* e indicar los preservativos que deben emplearse para que no penetre en las familias cristianas el virus de tan mortífero veneno [...] Solamente la Iglesia Católica es la que posee los medios de unir y armonizar todas las clases sociales; y que sólo volviendo al camino trazado por ella en el transcurso de los siglos, podrá cesar la inquietud y zozobra que hoy tiene conmovida la sociedad entera. Queda igualmente evidenciado que el orden social estriba en el respeto a la Religión, al matrimonio cristiano, a la propiedad, a la autoridad, a la justicia y a la caridad, *buscando ante todo el reino de Dios y su justicia, porque todo lo demás se nos dará por añadidura.*

Ni podemos contentarnos con lo expuesto para cumplir nuestro deber pastoral, porque habiéndonos informado que existen en nuestra Archidiócesis algunos gremios de agricultores y artesanos con tendencias socialistas, creemos oportuno publicar las disposiciones siguientes [...] Prohibimos asimismo el asistir a las reuniones de círculos o asociaciones en que, ya embozadamente, ya con claridad, se sostengan los errores del socialismo contra la propiedad y contra el orden público [...] Exhortamos a nuestros diocesanos a que dirijan a Dios fervientes plegarias para jamás arraigue en nuestra Archidiócesis la planta venenosa del socialismo, y que sus propagadores no logren engañar a los incautos con las vanas promesas de una felicidad ilusoria». C. PRESAS BARROSA, *Martín de Herrera (1889-1922)*. *El Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Santiago*, Santiago de Compostela, 2000, págs. 211-212. J. A. DURÁN escolia con documentación y ática ironía la tronitrante pastoral del primado compostelano, *Agrarismo y movilización...*, págs. 155 y sigs.

sión gallegas del tema, lo que aconseja prudencia en su análisis a la espera de las necesarias monografías ³⁶.

Sin embargo, antes de que éstas asfalten sólidamente el camino de su aprobecho, acaso quepa adelantar una conclusión provisional acerca del desenvolvimiento del sindicalismo cristiano del finisterre peninsular. Al margen de posibles deficiencias «técnicas» y acentuado conservadurismo —agricultura poco mercantilizada, debilidad cooperativista, reducido volumen del crédito y capital inversor, atención casi unidimensional a la compra de insumos, hipnosis de la seguridad frente al riesgo, fuerte presión caciquil, etc.—, el sindicalismo galaico significa un ejemplo bien elocuente de sus límites en nuestra nación. En pocas comunidades como la gallega su senda se abrió más allanada para convertirse en motor y revulsivo de parte sustancial de la modernización del país, con saltos incluso cualitativos en el camino del progreso. Pese a los aspectos positivos de su actuación y legado antes mencionados, su techo fue corto y sus frutos menos serondos de lo que soñarían sus mejores adalides. Dirimir responsabilidades y buscar culpables a la manera simplista de la «westerización» que invade desde ha tiempo el oficio de historiador en en nuestro país, no será objeto de estas líneas. Pero es lo cierto que en el programa de actuación del sindicalismo confesional hispano faltó casi siempre la pieza principal de su rodaje. Unas veces fueron los hombres; otras, las iniciativas; y en algunas ocasiones, la coyuntura. Sería difícil precisar, la ausencia que se dio en Galicia.

³⁶ Dos sobresalientes especialistas, unidos por la sabiduría y la renitencia al sindicalismo confesional de su tierra, se muestran discordantes en su valoración del movimiento en general. Mientras para A. MARTÍNEZ LÓPEZ toda la obra cooperativista y, por ende, la católica significó un «fracaso relativo», para L. FERNÁNDEZ PRIETO fue en conjunto positiva. *Vid.*, respectivamente, *O cooperativismo católico...*, págs. y *Labregos con ciencia. Estado, sociedade e innovación tecnolóxica na agricultura galega, 1850-1939*, Vigo, 1992; siquiera al desgaire este último libro merece un comentario por, entre otras razones, su impacto en la bibliografía galaica y nacional. Al margen de su admirable calidad científica, ha de subrayarse su casi completo condicionamiento por el clima político galaico de las postrimerías del novecientos, en búsqueda obsesiva de la identidad perdida. Dado el peso absorbente y decisivo de la agricultura en la economía y cultura del Finisterre peninsular, el autor se esforzará en destruir la visión de su atraso secular, peraltando su lograda adaptación a las transformaciones más características y poderosas del proceso capitalista del agro español en el primer tercio del siglo xx. Al reflejarse en tal espejo, la imagen del pasado inmediato del pueblo gallego dinamita complejos arraigados e impele al optimismo... Si la realidad pretérita fue así —como es harto probable—, es claro que el sindicalismo agrario confesional tocó un instrumento muy importante en tal concierto.